

DOI: <https://doi.org/10.29105/gmjmx23.45-576>

Artículos

RELECTURAS DE LA TRADICIÓN SEMIO-DISCURSIVA PARA EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN DIGITAL

REINTERPRETATIONS OF THE SEMIO-DISCURSIVE TRADITION FOR THE STUDY OF DIGITAL COMMUNICATION

Tanius Karam Cárdenas

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México

 <https://orcid.org/0000-0002-1185-2685>

Autor para correspondencia: Tanius Karam Cárdenas, email: tanius@yahoo.com

Resumen

Este artículo propone una relectura de la tradición semio-discursiva para el estudio de la comunicación digital contemporánea. Su objetivo es identificar continuidades, desplazamientos y actualizaciones de enfoques semióticos, discursivos y lingüísticos frente a objetos como plataformas, redes sociodigitales, multimodalidad, afectos públicos e inteligencia artificial generativa. Metodológicamente, se desarrolla una revisión teórico-conceptual, narrativa y argumentativa de literatura especializada, seleccionada por su relevancia histórica, pertinencia comunicacional, capacidad de actualización ante fenómenos digitales y utilidad heurística para futuras investigaciones empíricas. La revisión se organiza en tres bloques: enfoques crítico-semióticos, perspectivas lingüístico-interaccionales y zonas de actualización vinculadas con afectos, semiosfera e inteligencia artificial generativa. Como resultado, se muestra que estas tradiciones no han sido canceladas por los medios digitales; más bien, requieren reformular categorías como mensaje, discurso, sentido, código, mediación, autoría, género, ideología y circulación. Se concluye que la comunicación digital puede entenderse como una ecología semio-discursiva, técnica, afectiva, multimodal y algorítmica, donde el sentido se produce, jerarquiza, disputa, intensifica y automatiza.

Palabras clave: ecología semio-discursiva, plataformización, afectos públicos, automatización enunciativa, estudios multimodales.

Abstract

This article offers a rereading of the semiotic-discursive tradition for the study of contemporary digital communication. Its aim is to identify continuities, shifts, and updates in semiotic, discursive, and linguistic approaches in relation to platforms, social media, multimodality, affective publics, and generative artificial intelligence. The study is based on a theoretical and conceptual review of specialized literature on critical discourse analysis, visual semiotics, multimodal studies, cyberpragmatics, interactional sociolinguistics,

conversation analysis, corpus linguistics, cultural semiotics, the affective turn, and artificial intelligence. The article shows that these traditions have not been displaced by digital media; rather, they have been pushed to reformulate categories such as message, discourse, meaning, code, mediation, authorship, genre, ideology, and circulation. It concludes that digital communication should be understood as a semiotic-discursive, technical, affective, multimodal, and algorithmic ecology, where meaning is not merely transmitted but produced, hierarchized, contested, intensified, and automated. The article's main contribution is to provide a selective map for updating semiotic-discursive tools in light of the communicative challenges of the twenty-first century.

Keywords: semio-discursive ecology, platformization, public affects, enunciative automation, multimodal studies.

Recibido: 29/04/2026

Aceptado: 22/07/2026

Introducción

Este artículo propone una relectura de algunos enfoques, conceptos y procedimientos que permiten actualizar la llamada “tradición semiótica” de la teoría de la comunicación en el contexto de la comunicación digital contemporánea. En el esquema de Robert T. Craig (1999), la tradición semiótica concibe la comunicación como un problema de signos, significación, interpretación, representación y mediación simbólica. Para los propósitos de este trabajo, esa denominación se amplía hacia la idea de una tradición semio-discursiva, entendida como un espacio de diálogo entre la semiótica, los estudios del discurso, las ciencias del lenguaje, la pragmática, la multimodalidad y algunas perspectivas críticas sobre la producción social del sentido.

Si bien este ejercicio no tiene una aplicación empírica inmediata, su pertinencia puede vincularse

con la revisión de planes y programas de estudio — tanto de pregrado como de posgrado—, así como con el diálogo entre teorías de la comunicación, metodologías de investigación y enfoques semio-discursivos. Su sentido se ubica, además, en un plano conceptual: dentro de la vasta área de los estudios de la significación, del discurso y del sentido, busca delimitar de manera hipotética cómo pueden dialogar estas tradiciones con problemas propiamente comunicativos, en particular aquellos derivados de la comunicación digital contemporánea.

Desde este interés general, el artículo responde a tres preguntas-guía. Primero, ¿qué continuidades y desplazamientos pueden reconocerse entre las tradiciones semio-discursivas del siglo XX y sus relecturas en el estudio de la comunicación digital del siglo XXI? Segundo, ¿qué enfoques, conceptos y procedimientos pueden resultar útiles para analizar los actuales procesos de significación en entornos mediáticos, multimodales y

plataformizados? Tercero, ¿qué desafíos introduce la inteligencia artificial generativa para el análisis del discurso, la semiosis, la autoría, la interpretación y la comunicación pública?

El problema teórico que organiza este trabajo puede formularse de la siguiente manera: buena parte de las tradiciones semio-discursivas del siglo XX fueron desarrolladas para estudiar textos, discursos, interacciones, medios e instituciones en condiciones relativamente distintas a las actuales. La comunicación digital contemporánea introduce objetos híbridos, inestables y plataformizados — memes, hilos, interfaces, algoritmos, datos, imágenes generadas, afectos públicos e interacciones con IAG— que obligan a reubicar esas categorías. La pregunta no es si los enfoques clásicos siguen siendo vigentes o han quedado superados: en su lugar interrogamos bajo qué condiciones pueden reformularse para analizar procesos de significación atravesados por multimodalidad, automatización, recirculación, visibilidad algorítmica y nuevas formas de autoridad discursiva.

La tesis que sostiene este artículo es que los enfoques semio-discursivos no pierden pertinencia ante la comunicación digital; por el contrario, se vuelven especialmente productivos cuando son releídos como herramientas flexibles para estudiar una ecología comunicacional donde el sentido se produce entre textos, plataformas, interfaces, cuerpos, afectos, datos, algoritmos y dispositivos de automatización. Su actualización supone identificar los desplazamientos conceptuales que requieren para analizar la comunicación digital como práctica social, técnica, multimodal y semio-discursiva.

El texto se organiza en tres momentos. El primero revisa dos enfoques ampliamente consolidados y pertinentes para los estudios de comunicación: el análisis crítico del discurso y la semiótica visual, en diálogo con los estudios sobre multimodalidad. El segundo explora algunas posibilidades de la lingüística, la pragmática, la ciberpragmática, la sociolingüística interaccional y el análisis de la conversación para estudiar prácticas comunicativas digitales. El tercero adopta un carácter más exploratorio y propone tres líneas de actualización: una lectura semio-discursiva del “giro afectivo” y de sus aplicaciones al estudio de las dimensiones emotivas, afectivas y pasionales de la comunicación pública; una reconsideración de la tradición lotmaniana para pensar la cultura digital, la semiosfera y las mediaciones contemporáneas; y, finalmente, una aproximación a la inteligencia artificial generativa como nuevo escenario de producción, circulación e interpretación de signos, discursos e imágenes.

Apunte sobre la perspectiva de análisis y procedimiento metodológico

Este trabajo se plantea como una revisión teórico-conceptual de carácter narrativo y argumentativo, orientada a actualizar los diálogos entre enfoques semio-discursivos y comunicación digital. Dentro del amplio espectro temático de la comunicación académica, el artículo se concentra en problemas vinculados con la dimensión digital,

hipertextual, multimedial y reticular de las prácticas comunicativas contemporáneas. No se propone como una revisión sistemática en sentido bibliométrico ni como un análisis empírico de corpus; se asume, más bien, como una reconstrucción crítica de tradiciones, conceptos y desplazamientos analíticos que permiten comprender la transformación de los objetos comunicativos en las últimas dos décadas. El propósito es identificar la pertinencia de estos enfoques para estudiar fenómenos como plataformas digitales, multimodalidad, redes sociodigitales, afectos públicos e inteligencia artificial generativa. En ese sentido, el texto debe leerse como una hipótesis de lectura sobre los diálogos contemporáneos entre la tradición semio-discursiva y los estudios de comunicación.

La perspectiva analítica adoptada es semio-discursiva, entendida aquí como una tradición leída desde el campo académico de la comunicación. Con ello se alude a un cruce entre estudios del discurso, semiótica, pragmática, lingüística aplicada y teorías de la comunicación, interesado en los procesos de producción, circulación e interpretación del sentido. Desde esta perspectiva, la comunicación digital se concibe como algo más que transmisión de mensajes o funcionamiento técnico de medios y plataformas: constituye un conjunto de prácticas significantes donde intervienen textos, imágenes, interfaces, algoritmos, géneros, cuerpos, afectos, datos y formas de interacción. Por ello, el trabajo revisa enfoques capaces de iluminar alguna de estas dimensiones: el discurso como práctica social, la multimodalidad, la interacción, la inferencia pragmática, la organización

conversacional, la semiosfera, la afectividad pública y la automatización del sentido.

La selección de enfoques, autores y tradiciones respondió a cuatro criterios principales. El primero fue su relevancia histórica dentro de los estudios del discurso, la semiótica o las ciencias del lenguaje. El segundo fue su presencia o posibilidad de aplicación en investigaciones sobre comunicación social, mediática o digital. El tercero fue su capacidad de actualización conceptual ante fenómenos emergentes del ecosistema comunicativo contemporáneo, como plataformas, algoritmos, redes sociales, inteligencia artificial generativa, recirculación y géneros digitales. El cuarto fue su utilidad heurística para formular preguntas de investigación y procedimientos analíticos aplicables a futuros estudios empíricos. Por ello, la revisión no aspira a agotar todas las escuelas ni todas las publicaciones disponibles; busca construir un mapa razonado de tradiciones que permiten pensar problemas comunicacionales actuales.

En cuanto a la selección documental, se trabajó con literatura académica especializada localizada a partir de búsquedas dirigidas en catálogos bibliográficos, repositorios universitarios y revistas especializadas en comunicación, análisis del discurso, semiótica, lingüística aplicada, multimodalidad y estudios digitales. La revisión privilegió libros, capítulos y artículos científicos con reconocimiento en sus respectivos campos, así como trabajos recientes que aplican o reformulan estas tradiciones frente a fenómenos digitales. El periodo considerado no se delimitó de manera estrictamente cronológica, debido a que el objetivo exigía poner en

diálogo obras clásicas del siglo XX con literatura reciente del siglo XXI; para las actualizaciones sobre comunicación digital, multimodalidad e inteligencia artificial generativa se dio prioridad a publicaciones de las dos últimas décadas, con especial atención a trabajos publicados entre 2010 y 2025.

Los criterios de inclusión fueron: a) relevancia teórica para los estudios semio-discursivos; b) uso o posibilidad de aplicación al análisis de la comunicación social, mediática o digital; c) capacidad para aportar categorías analíticas al estudio del sentido, la interacción, la multimodalidad, la ideología, la afectividad o la automatización discursiva; y d) disponibilidad de referencias verificables en circuitos académicos. Se excluyeron trabajos puramente técnicos sobre ingeniería computacional, estudios centrados exclusivamente en métricas de plataformas, investigaciones empíricas sin elaboración conceptual transferible y líneas cuya pertinencia excedía el foco semio-discursivo del artículo, como economía política de plataformas, estudios de datos o *software studies*, aunque algunas de ellas se mencionan como zonas de posible ampliación.

El procedimiento seguido consistió en organizar la literatura revisada en tres subconjuntos. El primero reúne enfoques de amplia difusión en los estudios de comunicación —como el análisis crítico del discurso, la semiótica visual y los estudios sobre multimodalidad—. El segundo agrupa perspectivas lingüístico-discursivas aplicadas a la comunicación digital, entre ellas la ciberpragmática, la sociolingüística de la interacción, el análisis conversacional y los estudios del discurso asistidos

por computadora. El tercero incorpora relecturas y zonas emergentes: el giro afectivo, la semiótica de la cultura de tradición lotmaniana y la inteligencia artificial generativa. Esta organización evita establecer una clasificación cerrada y busca mostrar zonas de diálogo, continuidad, desplazamiento y tensión entre tradiciones del siglo XX y objetos comunicativos del siglo XXI.

El procedimiento analítico se desarrolló en cuatro momentos. Primero, se identificaron tradiciones y autores relevantes para el estudio semio-discursivo de la comunicación. Segundo, se agruparon los enfoques según su principal aporte al problema del sentido: poder y representación, interacción y uso, o actualización ante fenómenos emergentes. Tercero, se realizó una lectura comparativa orientada a reconocer continuidades, desplazamientos y tensiones entre categorías clásicas y objetos digitales contemporáneos. Cuarto, se derivaron categorías de actualización que permiten articular esas tradiciones con problemas actuales de investigación, como la plataformización, la circulación algorítmica, la multimodalidad, los afectos públicos y la automatización enunciativa.

En términos analíticos, cada enfoque fue examinado a partir de cuatro preguntas comunes: qué entiende por discurso, sentido o significación; qué conceptos aporta para el estudio de la comunicación; qué posibilidades ofrece para analizar fenómenos digitales; y qué límites o desafíos plantea su actualización. De esta manera, el artículo hace explícito el procedimiento de revisión y los criterios que guiaron la selección de tradiciones, autores y problemas. Su aporte metodológico consiste,

entonces, en ofrecer una matriz de lectura para futuras investigaciones empíricas interesadas en articular enfoques semio-discursivos con objetos de la comunicación digital contemporánea.

Más que introducir un vocabulario completamente nuevo, el artículo busca precisar algunas categorías de lectura que permiten reformular problemas clásicos de la semiótica y los estudios del discurso en el entorno digital. Entre ellas se encuentran la idea de ecología semio-discursiva, la noción de codificación sociotécnica del decir, la pregunta por la automatización enunciativa, la figura de la autoridad discursiva automatizada y la propuesta de una matriz de actualización semio-discursiva. Estas categorías condensan desplazamientos trabajados a lo largo del artículo y permiten conectar tradiciones previas con fenómenos como plataformas, multimodalidad, afectividad pública e inteligencia artificial generativa.

Finalmente, este trabajo propone una matriz de actualización que permite leer enfoques semio-discursivos clásicos a partir de problemas contemporáneos de comunicación digital: plataformas, multimodalidad, circulación algorítmica, afectividad pública e inteligencia artificial generativa. También sugiere una articulación analítica entre tradiciones que con frecuencia aparecen separadas — semiótica, análisis del discurso, pragmática, lingüística de la interacción, estudios de corpus y semiótica de la cultura—, mostrando qué puede aportar cada una al estudio comunicacional del sentido. La revisión evita reunir autores de manera acumulativa y busca construir una ruta de diálogo para futuras investigaciones empíricas.

La relación entre los tres apartados siguientes es complementaria, no lineal ni jerárquica. Además, cabe señalar que la tradición semio-discursiva posee un campo más amplio que el aquí descrito. El primer bloque aporta un plano crítico-semiótico para analizar poder, ideología, representación, visualidad y multimodalidad en los discursos digitales. El segundo desarrolla un plano lingüístico-interaccional, útil para estudiar inferencias, turnos, géneros, registros, cortesía, organización conversacional y patrones discursivos en entornos mediados por plataformas. El tercero trabaja un plano de actualización y límite, al examinar fenómenos que obligan a reformular categorías previas: afectos públicos, semiosfera digital e inteligencia artificial generativa. En conjunto, estos tres apartados sostienen el objetivo general del artículo: mostrar cómo la tradición semio-discursiva puede actualizarse para estudiar la producción, circulación, disputa, intensificación y automatización del sentido en la comunicación digital.

Recuento analítico de enfoques semio-discursivos

Enfoques crítico-semióticos: discurso, poder y multimodalidad

Este primer bloque reúne perspectivas consolidadas que permiten observar cómo el análisis del discurso y la semiótica han abordado la relación entre lenguaje, poder, representación, visualidad y producción social del sentido.

El análisis crítico del discurso: actualizaciones y desplazamientos

El análisis crítico del discurso —en adelante ACD— se consolidó entre las décadas de 1980 y 1990 a partir de la lingüística crítica y de un conjunto de trabajos interesados en examinar la relación entre lenguaje, poder e ideología. Conviene precisar, sin embargo, que el adjetivo “crítico” no era enteramente nuevo en los estudios del discurso. En el ámbito francófono, Michel Pêcheux (1978), Michel Foucault (1970) y otros autores próximos al análisis del discurso ya habían reflexionado sobre la ideología, la historicidad de los enunciados, las formaciones discursivas y las relaciones entre discurso, saber y poder. En el espacio anglófono, el ACD adquirió una fuerte visibilidad académica mediante propuestas que buscaron mostrar cómo el discurso participa activamente en su producción, reproducción y transformación, más que solo ver cómo refleja la realidad social.

Norman Fairclough, Ruth Wodak y Teun A. van Dijk constituyen tres referencias centrales de este campo, aunque con acentos distintos. Fairclough propuso una perspectiva dialéctico-relacional entre discurso, prácticas sociales y cambio social (Fairclough, 1992, 1995, 2010); Wodak desarrolló el enfoque histórico-discursivo, atento a la memoria, los topoi, la argumentación y la recontextualización de discursos en procesos sociopolíticos específicos (Wodak, 2001, 2015); Van Dijk, por su parte, impulsó una línea sociocognitiva particularmente influyente para el análisis del racismo, la prensa, la ideología y la reproducción del poder simbólico (van Dijk, 1988, 1991, 2008, 2013, 2014, 2015).

Dentro de los estudios de comunicación social, el ACD encontró un terreno fértil. El ACD ofreció categorías para analizar el discurso político, la publicidad, la cobertura de minorías y los conflictos sociales. Los trabajos de van Dijk (1988, 1991) sobre prensa y racismo mostraron que las noticias pueden ser tratadas como formas de organización discursiva que participan en la reproducción de estereotipos, y marcos de interpretación dominantes, más que “mensajes transparentes” o “depósitos de información”. Fairclough (1992, 1995) contribuyó a que el discurso mediático y político fuera considerado un espacio clave para analizar la naturalización del neoliberalismo, las transformaciones institucionales y la articulación entre discurso, prácticas sociales y hegemonía.

En las últimas décadas, el ACD ha debido reformular algunos de sus supuestos ante nuevas condiciones de producción, circulación y validación del sentido: digitalización generalizada, plataformas, redes sociodigitales, multimodalidad, interacción intensificada, datificación y creciente mediación algorítmica. Estos procesos han hecho visibles ciertos límites de los esquemas centrados casi exclusivamente en el texto verbal, la ideología y la crítica de la representación. Algunos balances metodológicos han subrayado la productividad del ACD para revelar relaciones de poder, pero también han señalado problemas recurrentes: la tendencia a confirmar marcos ideológicos previamente asumidos, la asimetría entre densidad interpretativa y explicitación metodológica, y las dificultades para

trabajar con materiales multimodales o ecosistemas comunicativos fuertemente digitalizados (Lin, 2014).

De los varios desplazamientos en este enfoque también se puede señalar la línea sociocognitiva de Van Dijk, donde el análisis del discurso se vincula con modelos mentales, conocimiento social y formas compartidas de representación. Esta perspectiva es relevante para estudiar cómo medios y plataformas distribuyen información además de contribuir a organizar cognitivamente la percepción pública de actores, conflictos y acontecimientos. En entornos digitales, esta pregunta adquiere nuevas aristas: la viralización de etiquetas, la polarización afectiva y la segmentación algorítmica hacen que el problema de la cognición social no pueda separarse de las infraestructuras técnicas de visibilidad y circulación.

Junto con el trabajo del autor holandés citado, cabe señalar el enfoque histórico-discursivo de Wodak (2001, 2015). Esta línea subraya que el análisis crítico no puede desligarse de procesos de memoria, trayectorias históricas y disputas por la identidad colectiva. En un momento marcado por populismos (izquierda y derecha), y luchas por definir nociones como “amenaza” o “seguridad”, este enfoque ofrece herramientas pertinentes para la comunicación política y mediática. Este aporte aparte de ofrecer elementos de contexto, nos ayuda a ver cómo el pasado es activado estratégicamente en el presente mediante relatos, metáforas, argumentos recurrentes y operaciones de exclusión.

Un tercer desplazamiento se vincula con el diálogo entre ACD y estudios de la multimodalidad. Este cruce resulta indispensable porque buena parte

de las prácticas contemporáneas de comunicación ya no operan desde el plano verbal aislado. La crítica del discurso necesita atender la articulación entre muchos modos de significación dentro de plataformas y medios digitales. En esta línea, los trabajos de Machin & Mayr (2025), así como los de Ledin & Machin (2020) articulan principios críticos con procedimientos de análisis multimodal. Este punto funciona además como puente hacia el siguiente apartado, dedicado a la semiótica visual y a los estudios sobre multimodalidad.

La vigencia del ACD para el estudio de la comunicación digital no depende de su aplicación a cualquier objeto contemporáneo. Su valor reside en mantener abierta una pregunta central: cómo se producen, legitiman y disputan los sentidos en condiciones históricas atravesadas por relaciones de poder. De hecho, se mantiene una pregunta central: cómo se producen, legitiman y disputan los sentidos en condiciones históricas atravesadas por relaciones de poder. Es necesario para ello ampliar el foco desde lo verbal hacia ensamblajes más amplios que incluyen los afectos, la circulación y desde ahí aportar una mirada para comprender nuevas formas de hegemonía, visibilidad y conflicto simbólico en la comunicación pública digital.

De la semiótica visual y del diseño a los estudios sobre multimodalidad

La semiótica visual constituye una de las líneas más productivas de la tradición semio-discursiva para el estudio de la comunicación contemporánea. Sus antecedentes pueden rastrearse en trabajos clásicos de Roland Barthes (1986), donde

la imagen publicitaria es analizada como un sistema de significación organizado por códigos culturales, mensajes lingüísticos y procedimientos de connotación. También la obra de Umberto Eco (1972, 1977) resultó decisiva para pensar los sistemas de signos, los códigos culturales y los procesos de interpretación más allá del lenguaje verbal. A partir de estos antecedentes, la semiótica visual se desplazó hacia un campo interdisciplinario donde convergen semiótica, diseño y comunicación visual.

En este desarrollo, los trabajos de Gunther Kress & Theo van Leeuwen (1996, 2006) fueron centrales. Su propuesta de una “gramática visual” permitió analizar las imágenes como configuraciones dotadas de organización propia. Esta gramática debe entenderse como una descripción de convenciones visuales socialmente producidas. La composición, el encuadre y la saliencia participan en la construcción del sentido; por su parte, la mirada, la distancia y el ángulo intervienen en la relación entre imagen y espectador. De este modo, la imagen deja de ser concebida como soporte secundario y se vuelve un espacio de organización simbólica, afectiva e ideológica.

Kress & van Leeuwen retoman las metafunciones de la gramática sistémico-funcional de Halliday (1982) —ideacional, interpersonal y textual— y las traducen al análisis visual como funciones representacional, interactiva y composicional. La primera permite estudiar cómo se representa el mundo; la segunda atiende la relación construida entre imagen y espectador; la tercera examina la organización interna de la imagen o del

diseño. Desde esta perspectiva, el diseño visual participa activamente en la producción de representaciones, relaciones sociales y formas de lectura.

La semiótica social amplió este planteamiento al considerar que los signos forman parte de prácticas situadas. Kress (2003, 2010) propuso entender la comunicación como un proceso de selección y diseño de “modos” —visual, verbal o gestual— de acuerdo con intereses, contextos y condiciones materiales específicas. Van Leeuwen (2005a, 2005b), por su parte, desarrolló una teoría de los recursos semióticos que permitió estudiar el color, la tipografía y el sonido como sistemas culturalmente organizados, atravesados por valores sociales e ideológicos. En esta línea, David Machin (2007, 2018) aplicó la semiótica social al análisis crítico de medios contemporáneos, periodismo visual y discursos visuales de poder.

En años recientes, el campo se ha fortalecido con aportes metodológicos diversos. Jewitt (2022) ha contribuido a consolidar la multimodalidad como perspectiva de análisis, mientras que Bateman et al. (2017) ofrecen una sistematización orientada a problemas concretos de investigación. En el ámbito hispanoamericano, Giovanni Parodi (2010) ha sido importante para estudiar la comprensión de textos académicos y disciplinares donde interactúan recursos verbales, gráficos y visuales. Torres-Orihuela et al. (2024), por su parte, analizan la influencia del modo semiótico en la comprensión inferencial de lectura multimodal en estudiantes universitarios. Estos trabajos muestran que el sentido no depende de un único recurso expresivo; se

produce en relaciones situadas entre formas verbales, visuales e interactivas.

La aplicación de este enfoque a la comunicación digital resulta especialmente relevante. Los nuevos medios y géneros digitales — como sitios informativos, memes o videos breves — demandan una perspectiva capaz de observar cada modo expresivo y los efectos producidos por su combinación. A nivel metodológico, esto implica reconocer la participación de imágenes, sonidos e interfaces, así como las posibilidades técnicas de interacción. La imagen puede organizar la atención; la tipografía puede marcar autoridad o informalidad; la interfaz puede guiar la acción del usuario; y las métricas visibles pueden reforzar la percepción de relevancia o legitimidad.

Metodológicamente, los estudios multimodales preguntan cómo se entretajan distintos modos en situaciones comunicativas específicas. Su interés no se limita a identificar elementos visuales, sonoros o verbales por separado; busca comprender qué aporta cada recurso, cómo se complementan y qué efectos producen en una práctica social determinada. En consecuencia, el discurso puede entenderse como una acción semiótica situada donde actores, instituciones y posiciones sociales participan en la producción del sentido.

El tránsito de la semiótica visual a los estudios de la multimodalidad representa un movimiento decisivo en la tradición semio-discursiva contemporánea. La semiótica clásica permitió mostrar que la imagen también produce significación; la perspectiva multimodal permite comprender cómo distintos recursos participan en

configuraciones comunicativas atravesadas por interfaz, plataforma y circulación. Sin constituir un análisis empírico de corpus, el caso general del meme político permite ilustrar esta utilidad analítica: su sentido no depende únicamente del texto verbal ni de la imagen aislada, pues emerge de la relación entre plantilla visual, encuadre y referencia intertextual. La composición visual orienta una lectura posible; la relación texto-imagen introduce ironía o contraste; y la recirculación en plataformas permite que una misma pieza adquiera nuevos sentidos según el conflicto público, la comunidad interpretativa o el momento de recepción. Así, el meme puede operar como comentario político, réplica afectiva y marca de pertenencia, lo que muestra la vigencia de estas herramientas para estudiar objetos digitales breves, móviles y altamente recirculables.

Relecturas lingüístico-interaccionales para la comunicación digital

El segundo bloque desplaza la atención hacia enfoques lingüísticos y pragmáticos que permiten estudiar la comunicación digital como práctica situada de interacción. Si el primer bloque subrayó las dimensiones ideológicas, visuales y multimodales del sentido, este apartado atiende la inferencia, la organización conversacional, los recursos expresivos, los géneros digitales y las dinámicas de participación que emergen en chats, redes sociodigitales, foros, comentarios, hilos y plataformas. La relación entre lingüística y comunicación social tiene una larga historia, aunque no siempre ha sido evidente qué enfoques de las

ciencias del lenguaje resultan más pertinentes para el periodismo, la investigación comunicativa o el análisis de medios.

A lo largo del siglo XX, distintas corrientes lingüísticas desplazaron el interés desde la lengua como sistema formal e inmanente hacia el estudio del uso, la interacción y los contextos. En ese proceso, el análisis del discurso desempeñó un papel decisivo al funcionar como zona de contacto entre las ciencias del lenguaje, las humanidades y las ciencias sociales. En el campo de la comunicación, ese desplazamiento tuvo efectos particulares: hasta la fecha, varias organizaciones académicas de comunicación en América Latina mantienen grupos, líneas de investigación o espacios de trabajo dedicados al análisis del discurso, la semiótica y las prácticas de significación.

El desarrollo de la comunicación digital vuelve especialmente productivo ese diálogo. Las plataformas y redes sociodigitales obligan a reconsiderar nociones clásicas como enunciación, interacción, cortesía, entre otras. La pregunta ya no se limita a qué puede aportar la lingüística al análisis de mensajes mediáticos; ahora interesa comprender cómo sus herramientas permiten analizar prácticas comunicativas configuradas por interfaces, algoritmos, temporalidades asincrónicas, formas de visibilidad y repertorios multimodales. En este apartado se distinguen cuatro líneas de relectura con énfasis lingüístico y semio-lingüístico: la ciberpragmática, la sociolingüística de la interacción, la lingüística de la conversación y los estudios del discurso asistidos por computadora. Cada una permite observar un nivel distinto del fenómeno: la inferencia situada, la construcción social de la interacción, la

organización secuencial de los intercambios y la detección de patrones discursivos a gran escala.

Ciberpragmática

Desde hace varias décadas, la pragmática ha ofrecido herramientas relevantes para el diálogo entre comunicación y lingüística. En ese marco, la ciberpragmática estudia el uso del lenguaje en la comunicación mediada por Internet. Los intercambios digitales pueden entenderse como prácticas comunicativas situadas en las que los usuarios producen inferencias, negocian intenciones e interpretan indicios bajo condiciones técnicas específicas; la reflexión se hace desde las distintas marcas que los usuarios dejan, y desde las cuales es posible analizar estos procesos para conferir sentido. Uno de los autores más conocidos es el valenciano Francisco Yus, quien ha hecho una aplicación exhaustiva de teoría de la relevancia de Sperber & Wilson para estudiar la comunicación en línea (Sperber & Wilson, 1986; Yus, 2001, 2011, 2016).

Desde esta perspectiva, conceptos clásicos de la pragmática —contexto, inferencia, actos de habla, cortesía, relevancia, ironía, malentendido o implicatura— deben repensarse en entornos caracterizados por la asincronía, la hipertextualidad, la interactividad reticular, la visibilidad pública de los intercambios, el anonimato parcial y la combinación de recursos verbales, visuales y audiovisuales. Desde esta mirada, el lenguaje digital puede verse como un espacio de negociación de identidades, posturas ideológicas y formas de participación pública.

La significación no reside únicamente en el contenido literal del enunciado. También depende de inferencias activadas por marcas lingüísticas y paralingüísticas que, en chats, correos electrónicos o sistemas de mensajería, pueden incluir abreviaturas, emoticonos, *stickers*, etiquetas, imágenes y enlaces. Estos elementos operan como indicios pragmáticos que orientan la interpretación y permiten reconstruir el sentido atribuido por los participantes. El mensaje no es “lo que se dice”, es también cómo las condiciones sociotécnicas de la plataforma inciden en lo que puede ser entendido, malinterpretado o disputado.

Otros aportes importantes son los trabajos de Ana Mancera Rueda & Ana Pano Alamán, quienes han mostrado cómo los géneros digitales reconfiguran formas de oralidad, informalidad, desacuerdo y posicionamiento público. Sus estudios sobre el español coloquial en redes sociales y la conversación en Twitter permiten observar la presencia de ironía, expresiones afectivas, abreviaciones, fórmulas de complicidad, marcadores interactivos y estrategias de afiliación o confrontación (Mancera Rueda & Pano Alamán, 2013; Pano Alamán & Mancera Rueda, 2014). Desde esta mirada, el lenguaje digital puede ver como espacio de negociación, sea de identidades, postura ideológica o formas de participación pública.

Sociolingüística de la interacción

La sociolingüística de la interacción sitúa la comunicación en el centro de sus preocupaciones. Sus antecedentes se encuentran en la etnografía de la comunicación de Gumperz & Hymes (1972; Hymes, 1974), fundamental para comprender la relación

entre sociedad, lenguaje y comunicación, así como en la microsociología de la vida cotidiana de Erving Goffman (1967). Desde esta perspectiva, la interacción se concibe como una actividad organizada, situada y normativamente regulada, en la que los participantes interpretan lo que ocurre a partir de señales lingüísticas, contextuales, relacionales y culturales. El sentido de la interacción no depende solo del contenido verbal; también intervienen expectativas, estilos comunicativos y marcos de interpretación compartidos, y que son parte de lo que Goffman (1967) llamó *face* o la manera como los sujetos administran su imagen social ante los demás y negocian cortesía, vergüenza o conflicto en cada situación comunicativa.

La utilidad de este enfoque es relevante porque hoy día muchas de nuestras interacciones se hacen a partir de intervenciones en muchas de nuestras conversaciones asincrónicas, o la gestión de respuestas cruzadas en hilos, el uso de emoticonos, gifs, memes o mayúsculas para marcar tono afectivo, la construcción de acuerdos y desacuerdos, así como la emergencia de normas conversacionales propias de cada plataforma. Desde estos enfoques, la interacción digital no debe entenderse como simple reproducción o empobrecimiento de la conversación cara a cara; reorganiza sus principios bajo otras condiciones de visibilidad, temporalidad y circulación.

La sociolingüística de la interacción también se aplica al análisis de temas como prácticas de cortesía, descortesía, ironía, humor o conflicto en entornos particulares ahora modelados por el uso que damos a los sistemas de mensajería, o los chats y

otros servicios de comunicación en red. Estos espacios son micro-laboratorios donde desde las interacciones privadas de usuarios o grupos de ellos podemos estudiar cómo se reproducen o desplazan formas de tratamiento, marcadores de atenuación, estilos de participación, competencia digital o exposición de capital cultural. A través de este enfoque podemos ver cómo las plataformas producen comunidades discursivas con normas propias, pero también con jerarquías, exclusiones y formas de legitimidad.

Lingüística de la conversación y análisis de la conversación

El análisis de la conversación —cercano, aunque no idéntico al enfoque anterior— constituye una perspectiva microanalítica dedicada al estudio de la organización secuencial de los intercambios. Su interés principal no se reduce a lo que los hablantes dicen; atiende cómo producen orden conversacional momento a momento: toman la palabra, responden, reparan malentendidos y cierran una interacción. Su supuesto central es que la conversación ordinaria no es caótica ni puramente espontánea; se organiza mediante procedimientos compartidos por los participantes.

Un texto fundacional en este enfoque es el trabajo de Sacks et al. (1974) sobre la toma de turnos. A partir de esta línea se han sistematizado nociones como pares adyacentes, organización de preferencias, reparación conversacional y mecanismos de asignación del turno. En el ámbito hispanico, los manuales de Tusón (1997) y Martínez Carrillo (2021) han contribuido a difundir esta

perspectiva para el análisis de la conversación en español.

Su pertinencia para la comunicación digital es clara. En chats, videollamadas, hilos de comentarios o servicios de mensajería, la organización conversacional se modifica, aunque no desaparece. Los turnos pueden no producirse en copresencia ni en tiempo real; varias respuestas pueden aparecer simultáneamente; un silencio puede interpretarse como desacuerdo, desinterés o simple desconexión. Así, la temporalidad de la interacción adquiere valor comunicativo.

El análisis de la conversación permite examinar cómo se construyen acuerdos, desacuerdos, acusaciones, defensas o malentendidos en ambientes digitales. Estos fenómenos no se encuentran únicamente en el contenido temático de los mensajes; también dependen de la forma en que las intervenciones se encadenan: quién responde a quién, qué comentario queda sin contestación, qué mensaje recibe adhesiones o qué intervención funciona como cierre provisional de la discusión.

Dentro de las actualizaciones de este enfoque, los trabajos de Lorenza Mondada (2016) han mostrado que la acción social se organiza mediante la coordinación de palabras, gestos, miradas y entornos materiales. Esta ampliación permite estudiar cómo los participantes combinan distintos recursos expresivos para producir sentido. En las interacciones digitales, esa coordinación incluye tiempos de respuesta, indicadores de escritura, botones de reacción y formas de visibilidad programadas por la interfaz.

De este modo, el análisis de la conversación puede integrarse a una perspectiva semio-discursiva más amplia. Su atención a la secuencialidad permite comprender que la comunicación produce acciones socialmente reconocibles: preguntar, acusar, bromear, desmentir, apoyar, denunciar o reparar un intercambio. En contextos digitales, estas acciones se realizan mediante una combinación de lenguaje, diseño, plataforma y temporalidad.

Lingüística de corpus y estudios del discurso asistidos por computadora

La lingüística de corpus y los estudios del discurso asistidos por computadora constituyen una línea metodológica útil para analizar grandes conjuntos de textos digitales. Aunque su presencia en la comunicología institucional ha sido más limitada que la de otros enfoques discursivos, lo presentamos en cuanto su potencial ante el crecimiento de archivos mediáticos, bases de datos, redes sociales, comentarios, noticias digitalizadas y flujos textuales producidos en plataformas.

La lingüística de corpus puede articularse con el análisis del discurso para detectar patrones de significado, recurrencias léxicas, asociaciones semánticas, colocaciones, palabras clave, dispersiones y variaciones en grandes volúmenes textuales. Paul Baker ha mostrado cómo estos procedimientos pudieran dialogar con el mencionado ACD para estudiar representaciones sociales, estereotipos, racismo, migración, género, sexualidad o religión en medios (Baker, 2006, 2023). Un ejemplo especialmente relevante es el estudio de Baker et al. (2013) sobre la representación del islam

en la prensa británica, basado en un amplio corpus de periódicos nacionales y orientado a combinar procedimientos cuantitativos con interpretación discursiva crítica.

En el estudio de la comunicación digital, esta perspectiva ha sido aplicada al análisis de redes sociales, discursos públicos en línea, comunidades digitales y culturas participativas. Michele Zappavigna (2012), por ejemplo, estudia el discurso de Twitter y de las redes sociales a partir de corpus extensos, atendiendo a formas de evaluación, afiliación, hashtags, memes y lenguaje de pertenencia en línea. Sus trabajos permiten observar cómo ciertas expresiones, etiquetas y patrones léxicos contribuyen a formar comunidades interpretativas, estabilizar posiciones afectivas y producir modalidades de afiliación pública.

A esta línea pueden sumarse los trabajos de Susan Herring (2004), quien desde etapas tempranas propuso estudiar la comunicación digital como una práctica lingüística y social observable en entornos mediados por tecnología. Esta perspectiva examina, además de palabras y enunciados, categorías como géneros digitales, turnos, hilos, estilos de interacción, normas comunitarias y variaciones entre plataformas. Aunque no siempre se inscribe directamente en la lingüística de corpus, comparte con ella el interés por describir patrones comunicativos en ambientes digitales. El aporte de este enfoque es importante porque desplaza la mirada desde mensajes aislados hacia patrones que se repiten, se transforman o se intensifican en conjuntos amplios de materiales. Esto no elimina la necesidad de interpretación cualitativa; por el contrario, exige

un diálogo entre lectura cercana, análisis contextual y herramientas computacionales.

Cabe aclarar que enfoques como este no siempre portan una teoría total del discurso, ya que se centran en lo metodológico dentro de un entorno caracterizado por la producción, difusión y recepción de ingente cantidad de datos y donde necesitamos metodologías que nos ayuden a lidiar —emulando a Foucault— con su “pesada materialidad”. De esta manera podemos reconocer elementos de producción de sentido mediante recurrencias, asociaciones, trayectorias léxicas y patrones de circulación, que de otra manera no serían visibles sin estos recursos.

Zonas de actualización: afectos, semiosfera e inteligencia artificial generativa

Las tres relecturas de este bloque permiten formular una síntesis del argumento general: los enfoques semio-discursivos conservan pertinencia en sus fundamentos, pero deben ampliarse hacia dimensiones centrales de la comunicación digital como afectos públicos, ecologías culturales o automatización enunciativa. La IAG condensa varios de estos desplazamientos, pues obliga a repensar autoría, referencia, género, verosimilitud, ideología y responsabilidad discursiva.

Del giro afectivo a una analítica semio-discursiva de los afectos

Uno de los desplazamientos más sugerentes en las humanidades y las ciencias sociales contemporáneas es el llamado giro afectivo. Así como durante el siglo XX se habló del giro

lingüístico o del giro cultural, en las últimas décadas se ha producido una reorientación del análisis hacia la dimensión sensible, corporal, relacional e intensiva de la vida social. Más que una escuela homogénea, el giro afectivo designa un conjunto de preocupaciones teóricas interesadas en comprender cómo cuerpos, emociones, materialidades, tecnologías y formas de circulación participan en la organización de lo social.

El volumen colectivo compilado por Clough & Halley (2007) da cuenta de esta sensibilidad teórica: la necesidad de repensar la vida social más allá de enfoques centrados exclusivamente en la representación, el lenguaje o la ideología. El interés por los afectos puede leerse como una reacción frente a dos reduccionismos: una concepción excesivamente lingüística de lo social, concentrada en la representación y el significado, y una comprensión demasiado cognitiva o individualizada de la emoción. El giro afectivo no niega la importancia del lenguaje; insiste en que la vida social también se organiza mediante intensidades, adhesiones, contagios y sedimentaciones sensibles.

La propuesta de Sara Ahmed (2004) resulta especialmente productiva para una relectura semio-discursiva. La autora sostiene que las emociones no están simplemente “dentro” de los sujetos: circulan, se adhieren a cuerpos, figuras, signos y objetos, y participan en la constitución de fronteras políticas y morales. La pregunta central no se reduce a definir las emociones; interesa observar qué hacen y cómo contribuyen a producir comunidad, exclusión, pertenencia u hostilidad. Desde esta perspectiva, los discursos no se limitan a representar afectos; también

los organizan, distribuyen y vuelven socialmente operativos.

Esta preocupación puede ponerse en diálogo con desarrollos previos de la tradición semiótica. La obra tardía de Algirdas J. Greimas, en particular la llamada “semiótica de las pasiones” (Greimas & Fontanille, 1993), constituye una tentativa relevante por reinscribir lo sensible y lo pasional dentro de una teoría de la significación. Aunque no suele ubicarse dentro del giro afectivo contemporáneo, su interés por los estados de ánimo, las disposiciones y las trayectorias pasionales permite reconocer una preocupación anterior por las formas semióticas de la vida afectiva. Mientras buena parte del giro afectivo se interesa por intensidades, fuerzas y corporalidades que a veces desbordan la representación, la semiótica de las pasiones busca describir estructuras, recorridos y transformaciones del sentido. Ambas líneas comparten una intuición: el análisis de la significación no puede reducirse a categorías puramente lógicas, verbales o cognitivas. En este marco, “pasión” no es sinónimo simple de emoción; se trata de una categoría semiótica para analizar estados, recorridos y modulaciones del sujeto dentro de procesos de significación.

La “semiótica tensiva” de Fontanille & Zilberberg (1998) desplaza la atención hacia gradientes, intensidades y modulaciones; es decir, hacia zonas del sentido que no se dejan captar únicamente mediante oposiciones discretas o categorías binarias. Su distinción entre intensidad y extensidad permite analizar cómo una experiencia significativa se organiza tanto por la fuerza afectiva que adquiere como por su despliegue, duración o

amplitud. Desde este marco, resulta posible estudiar cómo ciertos discursos intensifican miedo, entusiasmo, indignación o rechazo; cómo una emoción se expande en el espacio público; y cómo determinados signos adquieren una carga sensible desproporcionada respecto de su contenido literal.

La semiótica social y los estudios multimodales ofrecen otra vía para pensar la dimensión afectiva de la comunicación. Lo afectivo no se juega únicamente en los contenidos temáticos o en las elecciones léxicas; también se produce mediante el color, el movimiento y la materialidad medial. Gustav Westberg (2021) propone abordar el afecto como práctica multimodal, es decir, como una configuración situada que emerge de recursos semióticos en acción: imágenes, gestos, ritmos, encuadres e interfaces. Esta perspectiva resulta útil para analizar objetos de la comunicación social y digital donde la afectividad depende de la organización sensible de los recursos expresivos y de sus condiciones de circulación. En estos casos, el afecto no funciona como añadido ornamental del mensaje; constituye una dimensión central de su eficacia semiótica.

El diálogo entre giro afectivo y estudios del discurso también ha ganado relevancia en años recientes. El número especial “Discourse and affect” de *Social Semiotics*, introducido por Tommaso M. Milani & John E. Richardson (2021), plantea que el afecto no se encuentra simplemente “en” el individuo ni “fuera” de lo social: circula entre sitios, objetos y cuerpos, y dicha circulación no ha sido suficientemente explorada por semióticos, lingüistas y analistas del discurso. Se trata, entonces, de

estudiar cómo se construyen repertorios emocionales, cómo adquieren relevancia pública y cómo se vinculan con poder, identidad y visibilidad.

En esta misma dirección, Margaret Wetherell (2012a, 2012b) ha criticado cierta abstracción de la *affect theory* y ha propuesto una comprensión más analítica del vínculo entre afecto, discurso y producción de sentido. Su noción de “práctica afectiva” permite salir de la oposición simplista entre lenguaje y cuerpo: el afecto participa en prácticas concretas donde palabras, cuerpos, objetos, instituciones y contextos producen formas socialmente inteligibles de sentir. Desde esta perspectiva, el giro afectivo vuelve a la semiótica y al análisis del discurso más atentos a la corporalidad, la performatividad y la dimensión situada de las emociones.

En los estudios de comunicación digital, una de las nociones más influyentes es la de “públicos afectivos” propuesta por Zizi Papacharissi (2015). En *Affective Publics*, la autora sostiene que las prácticas narrativas en redes facilitan formas de involucramiento político y colectivo movilizadas por sentimiento, tecnología y circulación digital. La atención se desplaza así desde un público entendido como agregado racional de opiniones hacia públicos configurados por intensidades, identificaciones y respuestas afectivas. Para el estudio de los activismos digitales y la polarización pública, esta perspectiva resulta relevante porque muestra que las emociones no solo acompañan al discurso: también contribuyen a constituir formas de visibilidad, pertenencia y acción colectiva.

Los ejemplos pueden ser muy diversos, desde campañas populistas, duelos digitalizados hasta fandoms políticos o debates polarizados en plataformas. En todos estos casos, una analítica semio-discursiva de los afectos exige mirar, además de temas y juicios, gestualidades, performances de autenticidad y formas de contagio emocional. Estudios recientes sobre discurso de odio y emoción han insistido en que no basta con identificar “emociones presentes” en un texto; es necesario examinar cómo y por qué una emoción es construida como relevante, legítima o movilizadora dentro de una práctica discursiva específica (Alcántara-Plá, 2024).

Conviene evitar dos simplificaciones. La primera sería convertir el giro afectivo en una ruptura absoluta con la tradición semiótica y discursiva; la segunda, reducirlo a una psicologización de la comunicación. Para los estudios semio-discursivos, su aporte principal consiste en reconsiderar el sentido como una operación cognitiva, representacional y argumentativa, además de sensible, corporal e intensiva. La comunicación contemporánea no solo organiza información: distribuye sensibilidades, modula intensidades y estructura disposiciones afectivas. Con ello, los afectos dejan de ocupar un lugar secundario y se vuelven una dimensión central para comprender la producción pública del sentido, la adhesión colectiva y las formas contemporáneas de visibilidad.

De esta manera, el diálogo entre giro afectivo, semiótica de las pasiones, semiótica tensiva, semiótica social, multimodalidad y estudios del discurso permite formular una hipótesis central:

los discursos producen sentido y, al mismo tiempo, realizan operaciones afectivas; afectan, intensifican, saturan o agotan. En las plataformas digitales, estas operaciones adquieren nuevas condiciones de circulación, pues los mensajes no solo se difunden en tiempo real; también quedan inscritos en marcos de visibilidad, reacción y contagio entre participantes. El estudio semio-discursivo de los afectos tendría entonces que analizar cómo se producen, jerarquizan y circulan formas socialmente organizadas de sentir en la esfera pública contemporánea.

La semiótica de la cultura en el siglo XXI

Durante la difusión de la semiótica en la academia latinoamericana del siglo XX, solían reconocerse dos ejes dominantes: la tradición francófona, asociada durante algún tiempo con la semiología, el estructuralismo y la narratología; y la tradición anglosajona, vinculada con una concepción más amplia del signo. Junto a ellas existía también la llamada “corriente rusa”, cuya recepción en América Latina fue más tardía y desigual. Algo semejante ocurrió con el formalismo ruso: aunque ofrecía herramientas relevantes para pensar lenguaje, comunicación y cultura, su circulación estuvo limitada por la centralidad de Europa occidental y del mundo anglosajón en la formación del pensamiento comunicativo latinoamericano, además de los problemas derivados de traducciones tardías.

La Escuela de Tartu-Moscú constituye una de las corrientes más conocidas de la semiótica de la cultura, desarrollada en torno a la obra de Yuri Lotman y a un grupo de investigadores interesados en estudiar la cultura como sistema complejo de

signos. Desde esta perspectiva, la cultura no se reduce a un conjunto de obras, mensajes o representaciones; constituye una organización dinámica de lenguajes, textos, códigos y memorias en interacción. Todo texto adquiere sentido dentro de una semiosfera, es decir, dentro de un espacio cultural donde se producen traducciones, jerarquías, contactos y tensiones entre distintos sistemas de significación. Desde la perspectiva lotmaniana, la significación no deriva de un código estable ni de una correspondencia directa entre signo y significado. Se produce en el contacto entre sistemas semióticos heterogéneos, cuando los textos son interpretados, traducidos y reubicados dentro de una semiosfera. Por ello, la frontera cumple una función central: al traducir lo externo hacia lo interno de una cultura, genera diferencia, conflicto e innovación semiótica.

Este concepto de frontera es relevante. No es solo límite entre lo propio y lo ajeno; funciona como zona de traducción, contacto y transformación cultural. En ella se negocian sentidos, se traducen códigos, se reorganizan memorias y se generan innovaciones. La idea es útil para los estudios de nuevos medios, pues permite analizar interfaces, plataformas y géneros digitales como espacios fronterizos donde convergen lenguajes visuales, verbales, sonoros e interactivos. Un meme, una publicación en redes o una imagen generada por IA no pertenecen a un único sistema expresivo: cruzan códigos o resemantizan materiales previos según las condiciones de circulación. Como señalan González & Serra (2022), la semiótica de la cultura ofrece una vía pertinente para el análisis mediático porque permite comprender los medios

dentro de sistemas complejos de textos, códigos, memorias y fronteras semióticas.

Entre los autores que han revisitado a Lotman en años recientes, Tamm & Torop (2022) han subrayado la actualidad de esta tradición para pensar cultura, memoria, medios y circulación simbólica. Su lectura permite vincular la semiosfera con problemas contemporáneos porque entiende la cultura como un espacio dinámico de traducción, memoria y contacto entre sistemas. Desde esta perspectiva, redes sociales, plataformas y ecologías mediáticas pueden estudiarse como zonas donde imágenes y narrativas previas son reubicadas, recontextualizadas y dotadas de nuevos valores semióticos.

Semenenko (2012) resume esta aportación al señalar que la teoría lotmaniana concibe la cultura como una pluralidad organizada de lenguajes y sistemas modelizantes. Esto implica que el sentido no puede pensarse solo como propiedad de un mensaje ni como efecto de una intención individual; se produce entre códigos que clasifican la experiencia, memorias que conservan formas previas de significación, fronteras que regulan el contacto con lo externo y traducciones que vuelven culturalmente inteligible lo ajeno. La comunicación aparece entonces como un mecanismo de transformación cultural del sentido. Por su parte, Lorusso & Sedda (2022) entienden la semiótica de la cultura como crítica de la cultura, porque permite analizar cómo ciertos lenguajes, textos o memorias ocupan posiciones centrales dentro de una semiosfera, mientras otros quedan subordinados, desplazados o excluidos. Así, esta perspectiva

permite estudiar conflictos de sentido, jerarquías simbólicas y disputas por la visibilidad cultural.

Aunque Lotman obviamente no hizo señalamiento sobre medios digitales, varios autores han destacado la productividad de sus conceptos para pensar la comunicación contemporánea. Ibrus & Ojamaa (2022) proponen leer los medios como componentes de una semiosfera donde distintos lenguajes, formatos y tecnologías negocian posiciones, traducen contenidos y reorganizan memorias culturales. Madisson & Ventsel (2022), por su parte, han mostrado la utilidad de nociones como semiosfera, frontera, jerarquías de comunicación y autocomunicación para interpretar redes sociales y plataformas, especialmente cuando se estudian comunidades polarizadas, cierres interpretativos, producción de identidad colectiva y circulación intensificada del sentido en *social media*.

En relación con objetos comunicativos del siglo XXI, la tradición lotmaniana resulta particularmente sugerente cuando el análisis se desplaza hacia la digitalización, la transmedialidad, el archivo, la memoria y la circulación entre plataformas. Hartley et al. (2020) emplean la noción de *digital semiosphere* para nombrar una situación en la que la organización cultural del sentido se reconfigura mediante nuevos regímenes de texto, transmisión, traducción y memoria. Ojamaa & Torop (2015), a su vez, muestran que la noción de “autocomunicación cultural” puede extenderse al estudio de fenómenos transmediales; es decir, a la manera en que una cultura se reitera, se transforma y se reconoce a sí misma a través de múltiples medios.

Desde esta perspectiva, los fandoms, la propaganda visual, las memorias transmediales, los memes, las plataformas y las ecologías de circulación pueden analizarse no solo como conjuntos de mensajes; operan igualmente como procesos culturales de traducción-recontextualización. La memoria mediática deja de ser un simple depósito y se convierte en materia prima para nuevas operaciones de creatividad, resignificación y disputa simbólica. Los discursos importan menos como unidades cerradas que como nodos dentro de una red cultural más amplia, donde se cruzan lenguajes, soportes y comunidades interpretativas.

Con todo, conviene mantener cierta prudencia. La semiótica de la cultura no equivale al análisis del discurso en sentido convencional, ni ofrece por sí sola instrumentos suficientes para el estudio microtextual de estrategias enunciativas o pragmáticas. Su contribución se ubica en comprender los medios y la comunicación como procesos de organización semiótica de la cultura, atravesados por fronteras, traducciones, jerarquías y conflictos entre códigos. Por ello, aunque no haya sido un paradigma dominante en los estudios de comunicación social, la tradición lotmaniana puede ampliar de manera significativa las relecturas semio-discursivas de la cultura mediática, la comunicación digital y las ecologías contemporáneas del sentido.

Más allá del “juguete nuevo”: inteligencia artificial generativa y enfoques semio-discursivos en comunicación

La expansión reciente de la inteligencia artificial generativa —en adelante, IAG— obliga a

revisar algunos conceptos fundamentales de los estudios semióticos y discursivos. Chatbots, asistentes de escritura y sistemas texto-imagen no representan únicamente innovaciones técnicas incorporadas al ecosistema digital; pueden entenderse como dispositivos semio-discursivos que reconfiguran categorías centrales del campo comunicacional, entre ellas mensaje, código, autoría, autoridad y referencia.

El debate no consiste solo en preguntar si la IAG “entiende” como lo haría un sujeto humano. También exige observar cómo organiza efectos de sentido, estabiliza interpretaciones y orienta decisiones dentro de marcos de interacción altamente codificados. De ahí se desprenden varias preguntas: ¿quién habla cuando “habla” la IA?, ¿cómo se transforma la autoridad cuando intervienen sistemas automatizados de respuesta?, ¿qué ocurre con la relación entre forma, significado y referencia cuando el lenguaje es producido por modelos computacionales?

La discusión reciente sobre IAG permite ubicar estas preguntas en un campo más amplio. Bender et al. (2021) advirtieron sobre los riesgos de los grandes modelos de lenguaje cuando producen fluidez sin comprensión ni referencia garantizada. Crawford (2021) ha insistido en que la inteligencia artificial debe analizarse como infraestructura material, política y económica, no solo como innovación técnica. Floridi (2023) propone entender estos sistemas como formas de agencia sin inteligencia, útiles para pensar la diferencia entre desempeño, comprensión y responsabilidad. Mollick (2024), desde una perspectiva más aplicada, subraya

la necesidad de experimentar críticamente con la IAG para comprender sus posibilidades y límites en educación, trabajo y producción de conocimiento. En conjunto, estas contribuciones permiten articular la IAG con debates sobre discurso, poder, alfabetización crítica y estudios de plataformas.

En primer lugar, cabe preguntar hasta qué punto la IAG modifica la noción clásica de mensaje. En buena parte de la comunicación del siglo XX, el sentido se organizaba alrededor de un contenido emitido, distribuido y posteriormente interpretado. Con la IAG, el centro se desplaza hacia un “*output* bajo demanda”: el usuario pregunta, el sistema responde y el contenido se produce situadamente para ese intercambio. Esto transforma la lógica comunicativa, pues el mensaje depende del *prompt*, la memoria conversacional, la interfaz y las reglas de moderación que orientan la respuesta.

La propia noción de código también se reconfigura. A los marcos compartidos entre emisor y receptor se suman instrucciones del sistema, plantillas de respuesta y criterios de optimización conversacional. Todo ello conforma un nuevo nivel de codificación sociotécnica del decir. Comprender el “código” implica analizar qué estilos premia el sistema, qué formatos vuelve dominantes y qué hace más visible, probable o aceptable dentro de una respuesta.

La IAG interpela asimismo la relación entre forma, significado y referencia. Bender & Koller (2020) sostienen que un sistema entrenado sobre formas lingüísticas puede producir secuencias convincentes, aunque eso no garantice un anclaje estable al mundo. La IAG resulta eficaz para generar

verosimilitud textual y optimizar interpretaciones posibles, pero no asegura por sí misma referencia o evidencia. Su fuerza reside en la capacidad de producir efectos de sentido plausibles, persuasivos y aparentemente confiables. En esta dirección, Leone (2023) propone una “semiótica de la inteligencia artificial” orientada a estudiar la simulación de inteligencia, la producción automatizada de contenido y los supuestos ideológicos que sostienen estos dispositivos. La pregunta adquiere entonces un relieve central: ¿qué estatuto semiótico o discursivo posee una respuesta que “suena bien” o “parece verdadera”?

De manera adicional, la IAG obliga a pensar una pragmática de la autoridad automatizada. En términos de la teoría de los actos de habla, los *chatbots* no producen únicamente contenido locutivo; también despliegan fuerza ilocutiva y pueden generar efectos perlocutivos en el usuario. El punto crítico es que esa fuerza aparece sin una autoridad plenamente identificable. El sistema puede escribir “te recomiendo”, “lo mejor es” o “puedes confiar en...”, y el usuario puede recibir esas fórmulas como si provinieran de una instancia asesora, aunque la responsabilidad institucional, legal y ética del enunciado permanezca difusa.

Sin constituir un análisis empírico de corpus, puede mencionarse un ejemplo ilustrativo. Cuando un usuario solicita a un sistema de IAG un resumen, una explicación o una recomendación, la respuesta puede adoptar la forma de consejo experto, síntesis neutral o guía pedagógica. Esa escena permite observar la automatización enunciativa y la autoridad discursiva automatizada: el sistema no solo produce

texto, también organiza expectativas de claridad, confianza y suficiencia informativa. Así, una respuesta aparentemente simple activa una cadena distribuida entre usuario, prompt, modelo, interfaz y reglas de alineamiento, al mismo tiempo que construye una posición de autoridad difícil de ubicar en un sujeto único.

Este problema se intensifica porque la interfaz tipo chat activa un horizonte de cooperación. Desde Grice (1975) sabemos que en la interacción ordinaria los participantes presuponen relevancia, claridad y veracidad. En un chatbot, esa presuposición se produce casi de manera automática, aunque el sistema optimice ante todo pertinencia percibida y adecuación conversacional. De ahí que la IAG pueda inducir implicaturas fuertes: si lo dice con claridad, parece correcto; si lo recomienda, parece fundamentado; si suena experto, parece autorizado. El problema no es únicamente lo que el sistema produce, también lo que el usuario le atribuye como competencia, neutralidad o autoridad. La interfaz conversacional favorece esa atribución porque simula una escena de diálogo cooperativo, aunque detrás de ella operen modelos probabilísticos, decisiones corporativas y políticas de moderación. Cuando un sistema afirma “la mejor estrategia para aprender es...”, no está solamente informando: presupone la existencia de una estrategia óptima y sugiere que el criterio relevante es la eficiencia. De manera semejante, expresiones como “en tu caso”, “aquí” o “ahora” producen efectos de cercanía y personalización, aun cuando el sistema no disponga de contexto suficiente.

Algo similar ocurre con el tono aparentemente empático de muchas interfaces, construido mediante suavizaciones, fórmulas de acompañamiento y expresiones de disponibilidad. Ese tono puede ser útil, aunque también puede operar como un “lubricante persuasivo” que reduce la fricción crítica del usuario. Por ello, una tarea central para la comunicación y la alfabetización digital consiste en enseñar a leer la IAG como interacción semio-pragmática cargada de fuerza ilocutiva, atribución de agencia y efectos de autoridad.

Otro eje de discusión se relaciona con los géneros discursivos, el valor ideológico y las formas de poder que pueden desplegar estos sistemas. La IAG no genera enunciados desde la nada: imita, recombina y estabiliza formas reconocibles de decir. Puede producir un resumen ejecutivo, una asesoría breve o una explicación pedagógica, de acuerdo con la solicitud del usuario. Esta capacidad genera efectos de legitimidad, porque presenta textos fácilmente reconocibles como adecuados, útiles o profesionales. La estandarización genérica trae consigo una política del estilo: lo correcto, lo claro y lo eficiente puede quedar asociado a aquello que el sistema produce con mayor facilidad.

Desde Bajtín (1982) sabemos que los géneros discursivos no son simples moldes formales; son formas socialmente sedimentadas de interacción. Trasladado a la IAG, esto implica que los géneros automatizados orientan expectativas de autoridad, claridad y adecuación. Esta observación no supone adoptar una lectura apocalíptica de la tecnología. La IAG puede ampliar capacidades expresivas, apoyar procesos de escritura y facilitar aprendizajes. El

punto crítico es observar qué formas de decir tienden a estabilizarse, qué registros se vuelven dominantes y qué modos de pensamiento pueden desplazarse por la lógica de la plantilla, la síntesis rápida o el tono neutral-profesional.

La pregunta “¿quién habla cuando habla la IA?” puede reformularse en términos de autoría distribuida. El texto generado no procede de un sujeto individual en sentido clásico ni de una máquina autónoma que habla por sí misma; resulta de la interacción entre usuario, modelo e interfaz, bajo condiciones corporativas y normativas específicas. De alguna manera, la pregunta por el hablante debe desplazarse hacia otra más compleja: ¿qué ensamblaje sociotécnico produce esta respuesta y bajo qué condiciones se vuelve aceptable, creíble o útil?

Los sesgos de la IAG no son solo errores; también pueden funcionar como normalizaciones. Un modelo puede presentar la pobreza como problema de hábitos individuales o como problema estructural; esa elección discursiva ya es ideológica. Lo mismo ocurre cuando una institución usa IA para atención ciudadana: el sistema no solo responde, también define qué cuenta como problema legítimo, qué se considera trámite normal y qué queda fuera de la respuesta automatizada. En estos casos, la IAG participa en la administración de la experiencia social.

Con la IAG también se reconfigura la función clásica de *gatekeeping*. La sociología de los medios habló del guarda-barrera como filtro de la comunicación pública; en los sistemas generativos esa función adopta una forma más densa de curaduría

automatizada. El sistema prioriza ciertas respuestas, suaviza otras y enmarca la aceptabilidad de los contenidos. Gillespie (2018) ha mostrado que la moderación de plataformas modela profundamente el espacio público digital. En el caso de la IAG, la gobernanza discursiva se vuelve aún más intensa, porque no solo filtra lo que circula: también produce lo que será dicho bajo ciertas restricciones.

Así, la manipulación no adopta necesariamente la forma clásica de la propaganda del siglo XX. Puede operar mediante valores predeterminados, plantillas conversacionales y estilos de neutralidad que inducen confianza. Noble (2018) y Benjamin (2019) han mostrado que los sistemas algorítmicos pueden reproducir jerarquías históricas bajo apariencia de objetividad. En la IAG, esa crítica se prolonga hacia la producción misma del sentido.

Finalmente, conviene recuperar el eje de la multimodalidad. Cuando un sistema produce texto, imagen o síntesis audiovisual, estamos ante ensamblajes de saliencia, jerarquía visual y escenografía de autoridad. Putland et al. (2025) analizan imágenes generadas por IA sobre la demencia y muestran que las imágenes sintéticas reproducen discursos e ideologías visuales reconocibles. Para los estudios semio-discursivos, esto obliga a ampliar el foco desde la sintaxis verbal hacia la composición, la interfaz y la circulación de imaginarios. La IAG puede redefinirse, entonces, como una instancia semio-discursiva multimodal capaz de producir efectos de verosimilitud y marcos de interpretación en tiempo real.

La IAG no es solo una nueva herramienta dentro del ecosistema digital; es un dispositivo que

reconfigura conceptos centrales del campo comunicacional. Desde una perspectiva semio-discursiva, su estudio exige atender la diferencia entre forma y referencia, la construcción pragmática de autoridad y la automatización de géneros. Lo que está en juego no es únicamente si la IA “funciona”, también qué tipo de sentido produce, qué silencios instala y bajo qué condiciones los usuarios la interpretan como fuente autorizada. En ese sentido, estudiar la IAG equivale a estudiar una nueva fase de la comunicación en la que la producción del sentido se vuelve parcialmente automatizada, conversacional, multimodal y gobernada por dispositivos que combinan verosimilitud, interacción y poder.

Aprendizajes y conclusiones

El recorrido realizado permite sostener que la tradición semio-discursiva conserva vigencia para el estudio de la comunicación digital. Su utilidad no se limita al análisis de mensajes, signos, connotaciones ideológicas o estructuras narrativas; su valor actual consiste en interrogar las nuevas condiciones de producción social del sentido dentro de ecologías comunicativas atravesadas por interfaces, algoritmos, géneros automatizados, afectos públicos, prácticas multimodales y formas cambiantes de interacción. Una contribución de este texto ha sido proponer un mapa de actualización y relectura de enfoques clásicos, así como sugerir articulaciones posibles

entre tradiciones que con frecuencia aparecen separadas.

Una primera conclusión es que los enfoques desarrollados durante el siglo XX siguen siendo proveedores de inteligibilidad para los nuevos entornos comunicativos. La enunciación ya no puede pensarse únicamente desde la figura del sujeto hablante, con códigos relativamente estables y canales específicos. La multimodalidad, por ejemplo, permite describir una comunicación formada por diversos modos de significación, nuevas temporalidades y condiciones como circulación, automatización, interfaz y plataforma. La ideología, tema fundamental del siglo pasado, ya no se manifiesta únicamente en contenidos políticos explícitos; también aparece en estilos, afectos, algoritmos, jerarquías de visibilidad y modos multimodales e interactivos de ordenar lo decible.

Una segunda conclusión se refiere a la reubicación de las categorías clásicas. Los conceptos que fueron centrales para pensar la comunicación — actores, medios, código, efecto, recepción, mediación— ya no pueden aislarse con la misma facilidad. En las ecologías sociodigitales, el sentido se produce mediante ensamblajes de materialidades, temporalidades, formas de circulación, reapropiaciones, diseños de interfaz y condiciones de producción por parte de los usuarios. Del mismo modo, categorías del análisis del discurso — enunciación, referencia, argumentación, relato, género— y de la semiótica requieren ser reformuladas en escenarios donde intervienen elementos de distinta naturaleza. La comunicación siempre ha sido un objeto heteromórfico, compuesto por materiales,

actores y procesos diversos; en el entorno digital, esa condición se vuelve todavía más visible.

Una tercera conclusión apunta al lugar de la comunicación como campo de convergencia. Las teorías de la comunicación han dialogado históricamente con problemas procedentes de la lingüística, la semiótica, la sociología, la antropología, la filosofía, los estudios culturales, la psicología social o la informática. En ese sentido, la comunicación opera muchas veces como lugar de llegada, traducción y aplicación crítica de saberes. Ninguna área de las humanidades y las ciencias sociales puede agotar por sí sola las preguntas sobre la significación y los efectos de sentido. Fenómenos como la desinformación, la polarización, la circulación de afectos, la interacción entre plataformas o la manipulación de la esfera digital demandan un doble movimiento: recuperar tradiciones que siguen ofreciendo inteligibilidad y, al mismo tiempo, innovar ante objetos que modifican las condiciones mismas de la comunicación.

La inteligencia artificial generativa vuelve especialmente visible esta transformación; por ello, le hemos dedicado un apartado específico. Con ella, la producción del sentido deja de estar asociada exclusivamente a sujetos, instituciones mediáticas o comunidades interpretativas, y pasa a involucrar ensamblajes sociotécnicos capaces de producir respuestas, imágenes, recomendaciones, resúmenes y estilos de autoridad. Esta situación obliga a repensar nociones como autoría, referencia, género discursivo, responsabilidad, verosimilitud y confianza. La preguntas, aparte de lo que significa un texto o cuáles son sus condiciones de producción, se suman qué

formas de autoridad simula y qué criterios de aceptabilidad instala.

En conjunto, el artículo permite afirmar que los estudios semio-discursivos, además de pertinentes, ayudan a formular mejores preguntas ante objetos inestables. También permiten sostener una posición crítica, compleja y transdisciplinaria frente a las necesidades contemporáneas de producción de conocimiento. Nuestra intención ha sido descriptiva, argumentativa y didáctica: ofrecer tanto al estudiante como al investigador un conjunto de ángulos para releer esquemas que pueden parecer pasados o poco pertinentes, pero que adquieren nueva fuerza cuando se enfrentan a objetos como plataformas, redes sociodigitales, multimodalidad, afectos públicos e inteligencia artificial generativa. El amplio repertorio conceptual que se ha construido entre comunicación, discurso y semiótica adquiere nuevas posibilidades cuando se aplica a las realidades digitales contemporáneas. Como ocurrió antes con la llegada de Internet, los blogs, los chats y las redes sociales, hoy se siguen sumando fenómenos que no dejan de sorprender —en ese doble movimiento que va de la fascinación a la preocupación—, como la inteligencia artificial y su capacidad para generar contenidos, estilos de interacción y formas de autoridad discursiva. Los enfoques clásicos conservan su condición de marcos de referencia para formular preguntas y buscar explicaciones, pero el trabajo intelectual se mueve en una tensión creativa entre tradición e innovación. Esa tensión permite construir articulaciones capaces de comprender cómo se produce, circula, disputa, intensifica y automatiza el sentido en la comunicación social contemporánea.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2004). *The cultural politics of emotion*. Edinburgh University Press.
- Alcántara-Plá, M. (2024). Understanding emotions in hate speech: A methodology for discourse analysis. *Discourse & Society*, 35(4), 417–433. <https://doi.org/10.1177/09579265231222013>
- Bajtín, M. M. (1982). *Estética de la creación verbal* (T. Bubnova, Trad.). Siglo XXI Editores. [1979]
- Baker, P. (2006). *Using corpora in discourse analysis*. Continuum.
- Baker, P. (2023). *Using corpora in discourse analysis* (2nd ed.). Bloomsbury Academic.
- Baker, P., Gabrielatos, C., & McEnery, T. (2013). *Discourse analysis and media attitudes: The representation of Islam in the British press*. Cambridge University Press.
- Barthes, R. (1986). Retórica de la imagen. In R. Barthes, *Lo obvio y lo obtuso: Imágenes, gestos, voces* (Trad. de C. Fernández Medrano, pp. 29–47). Paidós. [1964]
- Bateman, J. A., Wildfeuer, J., & Hiippala, T. (2017). *Multimodality: Foundations, research and analysis. A problem-oriented introduction*. De Gruyter Mouton.
- Bender, E. M., Gebru, T., McMillan-Major, A., & Mitchell, S. (2021). On the dangers of stochastic parrots: Can language models be too big? *Proceedings of the 2021 ACM Conference on Fairness, Accountability, and Transparency*, 610–623. <https://doi.org/10.1145/3442188.3445922>
- Bender, E. M., & Koller, A. (2020). Climbing towards NLU: On meaning, form, and understanding in the age of data. In *Proceedings of the 58th Annual Meeting of the Association for Computational Linguistics* (pp. 5185–5198). Association for Computational Linguistics. <https://aclanthology.org/2020.acl-main.463/>
- Benjamin, R. (2019). *Race after technology: Abolitionist tools for the new Jim code*. Polity.
- Clough, P. T., & Halley, J. (Eds.). (2007). *The affective turn: Theorizing the social*. Duke University Press.
- Craig, R. T. (1999). Communication theory as a field. *Communication Theory*, 9(2), 119–161. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2885.1999.tb00355.x>
- Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, politics, and the planetary costs of artificial intelligence*. Yale University Press. <https://doi.org/10.12987/9780300252392>
- Eco, U. (1972). *La estructura ausente: Introducción a la semiótica*. Editorial Lumen.
- Eco, U. (1977). *Tratado de semiótica general*. Editorial Lumen.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Polity Press.
- Fairclough, N. (1995). *Critical discourse analysis: The critical study of language*. Longman.
- Fairclough, N. (2010). *Critical discourse analysis: The critical study of language* (2nd ed.). Routledge.
- Floridi, L. (2023). AI as agency without intelligence: On ChatGPT, large language models, and other generative models. *Philosophy & Technology*, 36(1), Article 15. <https://doi.org/10.1007/s13347-023-00621-y>
- Fontanille, J., & Zilberberg, C. (1998). *Tension et signification*. Mardaga.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber* (A. Garzón del Camino, Trad.). Siglo XXI Editores. [1969]

- Gillespie, T. (2018). *Custodians of the internet: Platforms, content moderation, and the hidden decisions that shape social media*. Yale University Press.
- Goffman, E. (1967). *Interaction ritual: Essays on face-to-face behavior*. Doubleday.
- González, R., & Serra, M. (2022). Presentación del número: Semiótica de la cultura. Perspectivas para el análisis mediático. *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 27, 9–15. <https://doi.org/10.5209/ciyc.82700>
- Greimas, A. J., & Fontanille, J. (1993). *The semiotics of passions: From states of affairs to states of feeling*. University of Minnesota Press.
- Grice, H. P. (1975). Logic and conversation. In P. Cole & J. L. Morgan (Eds.), *Syntax and semantics* (Vol. 3, pp. 41–58). Academic Press.
- Gumperz, J. J., & Hymes, D. (Eds.). (1972). *Directions in sociolinguistics: The ethnography of communication*. Holt, Rinehart and Winston.
- Halliday, M. A. K. (1982). *El lenguaje como semiótica social: La interpretación social del lenguaje y del significado*. Fondo de Cultura Económica. [1978]
- Hartley, J., Ibrus, I., & Ojamaa, M. (2020). *On the digital semiosphere: Culture, media and science for the Anthropocene*. Bloomsbury Academic.
- Herring, S. C. (2004). Computer-mediated discourse analysis: An approach to researching online behavior. In S. A. Barab, R. Kling, & J. H. Gray (Eds.), *Designing for virtual communities in the service of learning* (pp. 338–376). Cambridge University Press
- Hymes, D. (1974). *Foundations in sociolinguistics: An ethnographic approach*. University of Pennsylvania Press.
- Ibrus, I., & Ojamaa, M. (2022). Lotman and media studies. In M. Tamm & P. Torop (Eds.), *The companion to Juri Lotman: A semiotic theory of culture* (pp. 432–445). Bloomsbury Academic.
- Jewitt, C. (Ed.). (2022). *The Routledge handbook of multimodal analysis* (2nd ed.). Routledge.
- Kress, G. (2003). *Literacy in the new media age*. Routledge.
- Kress, G. (2010). *Multimodality: A social semiotic approach to contemporary communication*. Routledge.
- Kress, G., & van Leeuwen, T. (1996). *Reading images: The grammar of visual design*. Routledge.
- Kress, G., & van Leeuwen, T. (2006). *Reading images: The grammar of visual design* (2nd ed.). Routledge.
- Ledin, P., & Machin, D. (2020). *Introduction to multimodal analysis* (2nd ed.). Bloomsbury Academic.
- Leone, M. (2023). The main tasks of a semiotics of artificial intelligence. *Language and Semiotic Studies*, 9(1), 1–13. <https://doi.org/10.1515/lass-2022-0006>
- Lin, A. M. Y. (2014). Critical discourse analysis in applied linguistics: A methodological review. *Annual Review of Applied Linguistics*, 34, 213–232. <https://doi.org/10.1017/S0267190514000087>
- Lorusso, A. M. & Sedda, F. (2022). For a semiotics of culture as a critique of culture. *Social Semiotics*, 32(5), 609–620. <https://doi.org/10.1080/10350330.2022.2157169>
- Machin, D. (2007). *Introduction to multimodal analysis*. Bloomsbury Academic.

- Machin, D. (2018). *Visual journalism: A practice-based guide to image production and editing*. Palgrave Macmillan.
- Machin, D., & Mayr, A. (2025). *How to do critical discourse analysis: A multimodal introduction* (2nd ed.). Sage.
- Madisson, M.-L., & Ventsel, A. (2022). Lotman and social media studies. In M. Tamm & P. Torop (Eds.), *The companion to Yuri Lotman: A semiotic theory of culture* (pp. 446–460). Bloomsbury Academic.
- Mancera Rueda, A., & Pano Alamán, A. (2013). *El español coloquial en las redes sociales*. Arco Libros.
- Martínez Carrillo, M. del C. (2021). *Conversar en español: Un enfoque desde el análisis de la conversación*. Peter Lang. <https://doi.org/10.3726/b17761>
- Milani, T. M., & Richardson, J. E. (2021). Discourse and affect. *Social Semiotics*, 31(5), 671–676. <https://doi.org/10.1080/10350330.2020.1810553>
- Mollick, E. (2024). *Co-intelligence: Living and working with AI*. Portfolio.
- Mondada, L. (2016). Multimodal resources and the organization of social interaction. In A. Rocci & L. de Saussure (Eds.), *Verbal communication* (pp. 329–350). De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110255478-018>
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of oppression: How search engines reinforce racism*. NYU Press.
- Ojamaa, M., & Torop, P. (2015). Transmediality of cultural autocommunication. *International Journal of Cultural Studies*, 18(1), 61–78. <https://doi.org/10.1177/1367877914528119>
- Pano Alamán, A., & Mancera Rueda, A. (2014). La “conversación” en Twitter: Las unidades discursivas y el uso de marcadores interactivos en los intercambios con parlamentarios españoles en esta red social. *Estudios de Lingüística del Español*, 35, 234–268. <https://doi.org/10.36950/elies.2014.35.8717>
- Papacharissi, Z. (2015). *Affective publics: Sentiment, technology, and politics*. Oxford University Press.
- Parodi, G. (Ed.). (2010). *Alfabetización académica y profesional en el siglo XXI: Leer y escribir desde las disciplinas*. Ariel.
- Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Gredos. [1969]
- Putland, E., Chikodzore-Paterson, C., & Brookes, G. (2025). Artificial intelligence and visual discourse: A multimodal critical discourse analysis of AI-generated images of “dementia”. *Social Semiotics*, 35(2), 228–253. <https://doi.org/10.1080/10350330.2023.2290555>
- Sacks, H., Schegloff, E. A., & Jefferson, G. (1974). A simplest systematics for the organization of turn-taking in conversation. *Language*, 50(4), 696–735. <https://doi.org/10.2307/412243>
- Semenenko, A. (2012). *The texture of culture: An introduction to Yuri Lotman's semiotic theory*. Palgrave Macmillan.
- Sperber, D., & Wilson, D. (1986). *Relevance: Communication and cognition*. Harvard University Press.
- Tamm, M., & Torop, P. (Eds.). (2022). *The companion to Yuri Lotman: A semiotic theory of culture*. Bloomsbury Academic.

- Torres-Orihuela, G., Cuba-Raime, C., & Julio, C. (2024). Influencia del modo semiótico en la comprensión inferencial de lectura multimodal en estudiantes universitarios. *Acta Scientiarum. Language and Culture*, 46(1), e69688. <https://doi.org/10.4025/actascilangcult.v46i1.69688>
- Tusón, A. (1997). *Análisis de la conversación*. Ariel.
- van Dijk, T. A. (1988). *News as discourse*. Lawrence Erlbaum Associates.
- van Dijk, T. A. (1991). *Racism and the press*. Routledge.
- van Dijk, T. A. (2008). *Discourse and context: A sociocognitive approach*. Cambridge University Press.
- van Dijk, T. A. (2013). Ideology and discourse. In M. Freeden, L. T. Sargent, & M. Stears (Eds.), *The Oxford handbook of political ideologies* (pp. 175–196). Oxford University Press.
- van Dijk, T. A. (2014). *Discourse and knowledge: A sociocognitive approach*. Cambridge University Press.
- van Dijk, T. A. (2015). Critical discourse analysis. In D. Tannen, H. E. Hamilton, & D. Schiffrin (Eds.), *The handbook of discourse analysis* (2nd ed.). Wiley Blackwell.
- van Leeuwen, T. (2005a). Typographical meaning. *Visual Communication*, 4(2), 137–143. <https://doi.org/10.1177/1470357205053749>
- van Leeuwen, T. (2005b). *Introducing social semiotics*. Routledge.
- Westberg, G. (2021). Affect as a multimodal practice. *Multimodality & Society*, 1(1), 20–38. <https://doi.org/10.1177/2634979521992734>
- Wetherell, M. (2012a). *Affect and emotion: A new social science understanding*. Sage.
- Wetherell, M. (2012b). *Negotiating affect: Discourse, representation and affective meaning-making*. Sage.
- Wodak, R. (2001). The discourse-historical approach. In R. Wodak & M. Meyer (Eds.), *Methods of critical discourse analysis* (pp. 63–94). Sage.
- Wodak, R. (2015). *The politics of fear: What right-wing populist discourses mean*. Sage.
- Yus, F. (2001). *Ciberpragmática: El uso del lenguaje en Internet*. Ariel.
- Yus, F. (2011). *Cyberpragmatics: Internet-mediated communication in context*. John Benjamins.
- Yus, F. (2016). Cyberpragmatics. In A. Capone & J. L. Mey (Eds.), *Interdisciplinary studies in pragmatics, culture and society* (pp. 469–490). Springer.
- Zappavigna, M. (2012). *Discourse of Twitter and social media: How we use language to create affiliation on the web*. Continuum.